

El bandolerismo en el centro de México durante la Reforma

VICENTE RIBES IBORRA

El bandolerismo, como los estudios de Hobsbawm han demostrado, es un fenómeno social universal que aparece en las sociedades agrícolas y que se nutre fundamentalmente de campesinos y trabajadores oprimidos. Es, pues, una forma de rebelión social, y sus miembros son proscritos campesinos que las leyes del señor o del estado consideran criminales, pero que, un gran número de veces, son considerados por su pueblo como héroes, luchadores de la justicia o vengadores.

El bandolerismo centro-mexicano de la era de la Reforma participaba de esas características generales que acabamos de apuntar, pero, como veremos, adquirió tan grandes proporciones en la década de 1860, durante las Guerras de Reforma, y adoptó tantos y tan variados matices y conexiones, que bien merece un estudio pormenorizado. El fenómeno tenía hondas raíces históricas; el problema no era nuevo, y para paliarlo siempre se habían usado leyes severas y castigos sumarísimos, que sólo cosecharon fracasos. Era evidente que nada se solucionaría del todo mientras México continuase repleto de campesinos miserables y hambrientos. Luis de la Rosa y Oteiza, ilustre diplomático zacatecano y observador directo de los hechos, afirmaba que:

Mientras no mejore la condición de estos millares de familias es imposible que dejen de salir de ellas también millares de hombres que se entreguen muchas veces al robo y otros vicios, cansados ya de haber pasado una gran parte de su vida ocupados en un trabajo incesante, ímprobamente y apenas remunerado con un jornal tan miserable que, no bastándole ni

aun para satisfacer las primeras necesidades de la vida, no les deja ni aun la más remota esperanza de que mejore su porvenir o el de sus hijos¹.

Pero no todos los sectores de la población estaban tan bien dispuestos a que mejorase la suerte del campesinado. En realidad, ni los muy radicalizados, ni los conservadores, grandes propietarios, casi todos ellos, demostraron tener nunca una especial preocupación por el problema campesino. Si exceptuamos algunas leyes agrarias revolucionarias, como la inspirada por Juan Francisco Román en Zacatecas o la de Esteban Avila en Aguascalientes, que fracasaron, poco más ofrecieron los liberales en el centro de la República. Las Leyes de Desamortización no sirvieron para que las fincas enajenadas fuesen adjudicadas a sus arrendatarios, poco impuestos en vericuetos legales y sin dinero, sino a los ricos propietarios de extensos terrenos a los que entonces sumaron los de nueva adquisición. Los conservadores, por supuesto, nada hicieron que pudiese disminuir un ápice su poderío cuasi feudal.

El mes de marzo de 1857, Comonfort promulgó la nueva constitución que introducía una gran novedad en la historia del constitucionalismo mexicano: la religión católica dejaba de ser la religión oficial del estado. Este precepto constitucional dividió todavía más profundamente a la sociedad, que se escindió en dos bandos irresconciliables; entre sus defensores— liberales— y sus detractores —conservadores— se había abierto un abismo insalvable que hacía presagiar inmediatos enfrentamientos.

Mientras tanto, el campo estaba en plena efervescencia; en una época de redistribuciones en el sistema de propiedad, confiscaciones, saqueos, inseguridad en suma, los campesinos tenían dos opciones: trabajar en las haciendas en miserables condiciones o, atraídos por el señuelo de la aventura y la riqueza, elegir la vía de la rebeldía y unirse a las gavillas de bandoleros existentes. De cualquiera de las dos maneras, tanto liberales como conservadores utilizaron en provecho propio su enorme fuerza potencial.

Estos fueron los años en que salió de Aguascalientes interminables «cuerdas» de campesinos sentenciados a rellenar el cupo de los ejércitos, provocando una disminución de la población y abandono de labores agrícolas y artesanales en tales proporciones que aún debían pasar muchos años para que la región recuperase su ritmo demográfico y económico natural.

Las levas, además de su función militar, cumplían una misión social muy concreta. Mediante las mismas, los hacendados se deshacían

¹ Citado por Alejandro Topete, *Precursores*, Aguascalientes, 1962, páginas 13-22.

de aquellos campesinos que no gozaban de sus simpatías. En último extremo, y si la leva no surtía el efecto requerido entre aquellos plebeyos más levantiscos, se procedía al asesinato oficial, que podía contar sus víctimas por centenares.

No es de extrañar que ante perspectivas tan sombrías el campesinado optase frecuentemente por la otra vía, la de unirse a las gavillas de bandoleros que pululaban impunemente por todo el centro de México a causa del vacío de poder existente debido a la guerra.

BANDOLERISMO Y POLÍTICA

Por fin estalló la guerra civil entre liberales y conservadores; durante los meses de primavera, apenas publicada la constitución, comenzaron a producirse alteraciones del orden público en numerosas ciudades y pueblos que, lejos de amainar con el tiempo, iban revisitando cada día mayor gravedad, sobre todo en el centro del país. La ciudad de Aguascalientes se mantuvo en una paz tensa hasta que, con motivo de las celebraciones de Semana Santa, el campesinado, dirigido por el clero, arrasó la ciudad dando vivas a la religión y a varios reaccionarios. Tuvo que intervenir el ejército para sofocar la rebelión, que estaba adquiriendo grandes proporciones, y dispersar a millares de amotinados, corriendo sangre en abundancia.

Fanatizado y dirigido por un clero belicoso y montaraz, el bajo pueblo simpatizaba, sobre todo, con el partido que parecía compartir sus valores religiosos, el conservador, sino que ello fuese en ningún momento obstáculo para que tanto liberales como conservadores usasen y abusasen de su credulidad. El bandolerismo, que huía sus raíces sociales entre el campesinado, tenía que identificarse obligatoriamente con sus mismos sentimientos religiosos, dando a sus acciones guerreras contra lo que a sus ojos se presentaban como impíos e infieles, los liberales, un cierto carácter de cruzada.

Las partidas de bandoleros ligadas a los sectores conservadores, las más, se multiplicaban en los caminos y caseríos lanzando proclamas en favor de la «religión» y castigando sin piedad a los sospechosos de tibieza religiosa. Haciendo ostentación de sus creencias, algunas partidas, como las capitaneadas por Cuéllar y Bueyes (Pntos), llevaban pintadas en sus pechos y banderolas grandes cruces al modo de los cruzados medievales, y otros distintivos de sus creencias religiosas, muy sumarias, copiando de ese modo a los jefes y soldados conservadores que, según Rivas Palacio, «ostentaban en el pecho cruces, rosarios, y estampas de santos»².

² Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, vol. V, México, 1971, página 304.

Pero su supuesta religiosidad en nada disminuía la brutalidad de sus acciones; sólo se traducía en un profundo respeto y temor que sentían ante los lugares y personas pertenecientes a la Iglesia católica. El gran ascendiente que dicha institución tenía sobre los bandoleros hubiese podido dulcificar en gran medida la barbarie de sus ataques, pero los sacerdotes nunca se prestaron a tan humanitaria labor, prefiriendo encerrarse en sus iglesias, siempre respetadas por los bandidos, y limitarse a dar asilo en ellas a las personas que lo solicitasen. A algunos eclesiásticos se les suponía por tal motivo en connivencia con los cabecillas facciosos³.

Los mismos jefes de partidas gustaban titularse con apelativos que dejan bien a las claras sus convicciones; así, tanto Juan Chávez como el español Máximo González, se autodenominaban «defensores y caudillos de la religión y los fueros»⁴, fórmula hartamente confusa, mientras que sus detractores, los liberales, les daban el calificativo de «beatas», genérico para todos los conservadores. Juan Chávez, el bandolero más famoso de la región, apodado por los liberales «el ídolo de las beatas», llegó a publicar proclamas instando a su gente a derrotar a los liberales y a los franceses por ser ambos «enemigos de la religión», aunque respecto a los franceses debió cambiar de opinión inmediatamente, pues les prestó su apoyo incondicional⁵. Algo semejante le ocurrió al bandolero Máximo González, que añadió a sus pintorescos títulos el de «representante de las naciones extranjeras»⁶.

Las poblaciones del centro de México, durante los tres años que duró la guerra declarada, estuvieron sujetas a devastadores vaivenes militares. La misma población podía encontrarse un día en zona dominada por el bando constitucionalista y el siguiente por el conservador, sufriendo sus habitantes las terribles consecuencias de esta inestabilidad. Aguascalientes, por ejemplo, cambió nueve veces de bando político, tantas como asedios, purgas, represiones y levadas tuvieron que sufrir sus habitantes.

La situación bélica por la que atravesaba el país era, ciertamente, la principal causante de la extraordinaria proliferación del bandolerismo. Como en toda época de desbarajuste social, las contradicciones que la sociedad encierra en su seno llegaron a su punto límite y se mostraron con toda su rudeza, y el bandolerismo, al fin y al cabo, no era más que la muestra de descontento, desordenada y caótica, de un campesinado explotado hasta límites extremos. Pese este único deta-

³ Agustín F. González, *Historia de Aguascalientes*, Aguascalientes, 1974, páginas 222-223.

⁴ *El Porvenir*, 31 de octubre de 1861; *El Republicano*, 29 de mayo de 1862, y *La Libertad de México*, 16 de agosto de 1868.

⁵ *La Independencia Mexicana*, 7 de diciembre de 1863.

⁶ *El Republicano*, 29 de mayo de 1862.

lle no puede justificar por sí sólo tamaña floración de bandoleros; los campesinos habían soportado, y soportarían aún, la misma situación durante mucho tiempo, sin que el fenómeno adquiriese caracteres tan alarmantes como en la era de reforma.

Efectivamente, apenas nos adentremos en el estudio de los acontecimientos que protagonizaron descubriremos la causa fundamental del fenómeno, que no es otra que el gran apoyo que en todos los sentidos recibían los bandoleros del partido conservador. Los mismos gobernantes liberales sabían muy bien que muchos dueños, administradores, o encargados de algunas haciendas y ranchos prestaban su apoyo a los bandidos, permitiéndoles vivir en el centro de sus rancherías; sabían que «los propietarios han hecho causa común con los ladrones», y que «con las garantías de los ricos el vandalismo es una enfermedad social incurable»⁷, pero poca cosa podían hacer para remediarlo. El poderío y la influencia de los hacendados, conservadores en su inmensa mayoría, impedía realizar a los gobernantes liberales, ya de por sí bastante imposibilitados por sus corruptelas y luchas intestinas, una labor fructífera en contra del bandolerismo.

Multitud de ejemplos podrían ilustrar la estrecha alianza existente entre conservadores y bandoleros⁸. Tan conocida era su connivencia que más de una vez pensaron los gobernantes en fijar destacamentos en las haciendas que impidiesen la reunión de salteadores⁹.

El mismo Juan Chávez gozaba de estas alianzas, lo que le proporcionaba muchas bazas y seguridades de triunfo a la hora de efectuar sus ataques. Sus confidentes le mantenían informado de todas las medidas militares encaminadas a derrotarle, gracias a lo cual podía esquivar a sus perseguidores¹⁰. Chávez, que alcanzó celebridad en todo el centro de la República, había nacido en la hacienda de Peñuelas, fruto de unos amores habidos entre el dueño de la hacienda y una mujer de peonaje, y siempre tuvo en dicha finca su buarida inexpugnable. El administrador de Peñuelas le suministraba información sobre las fuerzas de la ciudad de Aguascalientes, pero a finales de octubre de 1863 fue aprehendido y, cuando iban a fusilarle, una gran

⁷ *El Porvenir*, 12 de agosto y 7 de octubre de 1860.

⁸ *El Porvenir*, 7 de octubre de 1860, nos brinda un ejemplo bien significativo. A primeros del mes de octubre de 1860, el Tercer Escuadrón del Estado de Aguascalientes apresó a tres bandoleros, y cuando iban a ser ejecutados le llegó al jefe de las fuerzas una recomendación de don José María Rincón Gallardo, quizá el hacendado más rico de todo el centro de México, para que no los apresara.

⁹ *El Porvenir*, 31 de octubre de 1861.

¹⁰ «Creemos que tiene fiadores», decía *El Porvenir* el 24 de octubre de 1861, cuando Chávez burló a los cien hombres de caballería que al mando del coronel Martínez Valdés iban a sorprenderle.

multitud de personas intercedió por su vida, no quedándole al gobierno más alternativa que suspender la ejecución.

El hecho viene a confirmarnos, por un lado, que Chávez aunaba en su persona todas las características que Hobabawn atribuye a algunos bandoleros románticos: popularidad entre los de su misma clase y cierta aureola legendaria de justiciero, pero, por otra parte, nos demuestra que el gobierno podía recibir presiones muy poderosas para no actuar contra los bandoleros. Los periódicos de la época denunciaban que, «sin embargo, hay personas de sentido común y que pasan por civilizadas que abonan a semejante bandido (Chávez) y que, por temor, o, por ejemplo, no les repugnaría estrecharle la mano y guardarle consideraciones»¹¹.

El caso más evidente de todos, y de más fatales consecuencias de la alianza de que venimos hablando entre conservadores y bandoleros, ocurrió cuando fue atacado Teocaltiche en octubre de 1862 por las gavillas de Bueyes Pintos, Cuéllar y Colimilla. El comandante encargado de la defensa de la ciudad abandonó su puesto ante la llegada de los bandoleros porque «algunos vecinos de los más influyentes le suplicaron abandonara la población, a pesar de su resolución de rechazar a los bandidos»¹². No fue por tanto casualidad que algunas casas ricas de Teocaltiche quedasen intactas mientras que el resto de la población, al cobo de tres saqueos, se hallaba en las más completa ruina¹³.

Pero esta connivencia entre bandoleros y conservadores no hay que llevarla demasiado lejos; a pesar de ser aliados, entre ellos se interponían barreras de clase infranqueables. Sus intereses podían coincidir en un momento determinado, pero, pasada la circunstancia, las divergencias sociales que entre ellos existían volvían a mostrarse crudamente. Hasta los mismos liberales se complacían en observar que las gavillas de bandoleros estaban formadas por «personas sin hogar, menos con representación social alguna», subrayando al mismo tiempo la diferente actitud que los liberales mantenían hacia sus enemigos según la clase social a la que éstos perteneciesen. Mientras los conservadores ricos recibían el adjetivo de «hombres», las gavillas de parias que éstos manejaban a su antojo, los bandoleros, no merecían ninguna consideración social¹⁴. Es de imaginar que una de las primeras actividades de estos últimos cuando conquistaban alguna población, destruir los archivos y registros de la propiedad, como en

¹¹ *La Independencia Mexicana*, 10 de noviembre de 1863.

¹² *El Republicano*, 6 de noviembre de 1862.

¹³ *El Republicano*, 4 y 11 de diciembre de 1862.

¹⁴ *El Republicano*, 4 de diciembre de 1862, añadía que «a Cuéllar, Cermeño y Chávez no se les adhirió ningún conservador o reaccionario honrado».

todas las revueltas campesinas que en el mundo han sido, no gozaría de la aprobación de liberales ni conservadores, lo que no dejaba de ser un importante nexo de unión entre partidarios de ambos bandos ¹⁵.

De esta discriminación social existente entre «conservadores» y «bandidos» nacía un grave perjuicio para las armas de los últimos: su imposibilidad de contar entre sus filas con personas que poseyesen conocimientos militares o estratégicos. Los ataques de los bandoleros nunca pasaron de ser desordenadas cargas de caballería. A pesar de que algunos cabecillas más reflexivos, como Juan Chávez, intentaron por todos los medios atraerse adeptos con conocimientos en tácticas militares, fracasaron reiteradas veces. Todavía lo recuerdan así los testimonios orales de algunos viejos de los lugares que fueron escenario de sus correrías.

Sin embargo, de su extracción también obtuvieron los bandoleros algunas ventajas como contrapartida, que sabían aprovechar a la perfección, tales como el conocimiento del terreno que pisaban y su fácil identificación con las maneras y costumbres del campesinado. Cuando eran perseguidos se internaban desordenadamente en las sierras, donde tenían sus refugios inaccesibles ¹⁶. Otra táctica que usaban mucho era la de fraccionar sus fuerzas en pequeños grupos operativos, tanto para confundir al enemigo como para atender mejor su intendencia y camuflaje ¹⁷. En casos extremos, podían simular perfectamente ante sus perseguidores ser pobres campesinos, con lo que sus enemigos perdían el rastro fácilmente ¹⁸.

Por el contrario, cuando los bandoleros no tenían ninguna nece-

¹⁵ *La Libertad de México*, 22 de enero de 1865, relata las dificultades que se presentaban a la administración por falta de los archivos estatales, quemados por los bandoleros. Al desaparecer los antecedentes administrativos y acuerdos tomados con anterioridad, todo tenía que volver a improvisarse por parte de los gobernantes.

¹⁶ *El Republicano*, 26 de octubre de 1862, y *La Independencia Mexicana*, 4 y 14 de agosto de 1863. Esta táctica era muy empleada por los hombres de Chávez; cuando el 27 de julio de 1863 el general Ghilardi y el coronel zacatecano Sánchez Román formularon un completo plan de ataque para derrotarles, dicha estrategia primitiva salvó del apuro a los bandoleros. Ambos planearon que el primero ocuparía Cieneguilla para intentar desalojar a Juan Chávez de las faldas de la Sierra Fría y obligarle a ir a Peñuelas, debiendo atacarle Sánchez en el trayecto, a la altura del Tanque de los Jiménez. Pero los hombres de Juan Chávez, en vez de seguir la ruta esperada, se internaron en Sierra Fría, dividiéndose y haciendo imposible la persecución.

¹⁷ *La Independencia Mexicana*, 20 de julio, 4 y 14 de agosto y 25 de noviembre de 1863, narran ocasiones en que los bandoleros usaron esta táctica.

¹⁸ *El Porvenir*, 31 de octubre de 1861. Así ocurrió cuando el jefe político de Lagos y el gobernador de Aguascalientes unieron sus fuerzas para perseguir a Juan Chávez. Este, según expresión del periódico, «se disolvió».

sidad de huir porque no había en su zona fuerza militar que se le pudiese enfrentar, como ocurrió en multitud de ocasiones, sus constantes amenazas lograron colapsar las actividades normales de la población. La sociedad civil, indefensa y en constante zozobra ante sus embates, vio cómo quedaban anilados todos sus recursos económicos: «ha desaparecido la fortuna de multitud de habitantes que han sido robados unos, y otros han tenido que paralizar sus giros, porque el comercio, la agricultura y las artes han concluido del todo en aquel país, lleno antes de vida y de porvenir»¹⁹. La situación, caótica en todo el país, se agravaba en Aguascalientes, donde dos camarillas políticas liberales se disputaban mezquinamente el poder, abandonando la defensa del territorio estatal. Su indefensión ante los ataques de los bandoleros llegó a tales extremos el año 1863, que «toda clase de personas, entre otras las más desvalidas», se veían obligadas a emigrar del Estado por falta de seguridad. La torpe desunión y rivalidad de las autoridades liberales coadyuvó en el fomento de esta emigración, agravada cuando el gobernador impuso una contribución extraordinaria de un peso sobre todo capital, acabando de arruinar a muchos ciudadanos.

Los liberales se encontraron con grandes dificultades militares a la hora de hacer frente a los bandoleros, sobre todo, en la primera parte de la contienda. Durante las primeras refriegas los liberales nunca supieron a ciencia cierta qué parte de su ejército les era afecto y en qué oficiales podían depositar su confianza por compartir su misma ideología y qué parte desertaría y se uniría a los conservadores. La principal dificultad que las fuerzas liberales encontraban para oponerse eficazmente al bandolerismo provenía, por tanto, del interior de sus propias filas. Las desertiones eran muy frecuentes, tanto entre la soldadesca, formada por gente humilde enganchada mediante levas exterminadoras, como entre la oficialidad, a menudo descendiente de rancias familias conservadoras²⁰.

¹⁹ *La Independencia Mexicana*, 15 de agosto y 2 de noviembre de 1863, abunda en la idea.

²⁰ No es extraño que apenas comenzada la contienda civil, en el mes de julio de 1860, según relata *El Porvenir*, 24 de julio de 1860, faltasen en sus cuarteles los oficiales conservadores Marcos González Camacho, Carlos Adame y otros, todos de familias acaudaladas, que fueron a unirse en la hacienda de Peñuelas con el bandolero Silverio Ramírez, y que al cabo los encontremos aliados en sus acciones con el bandolero Juan Chávez, participando en el ataque y saqueo de la ciudad de Aguascalientes que Chávez realizó en 1860. Otras ocasiones los sublevados no tenían tanta suerte, y así, Niceto de Zamacois, *Historia de México*, vol. XV, México, 1876, pp. 755-756, cuenta que en septiembre del siguiente año fueron fusilados un teniente y dos sargentos del Segundo Escuadrón de Aguascalientes por estar dispuestos a pronunciarse en sentido conservador. El jefe principal del proyectado golpe, el capitán del mismo escuadrón, logró escapar cuando el

El resultado de todo este desbarajuste venía a aumentar la confusión reinante en la contienda, máxime cuando tanto liberales como conservadores y bandoleros utilizaban los mismos métodos bélicos. El pillaje llegó a ser tan usado y practicado por ambos bandos, que llega a resultar difícil establecer una línea divisoria clara entre un hecho de armas y un acto de bandolerismo, entre un caudillo militar y un jefe de partida. Las fuentes documentales, tanto liberales como conservadoras, dan la denominación de bandoleros a todos los del bando político contrario que se les opñusiesen de forma violenta, tanto si se trataba de militares de carrera como de bandoleros propiamente dichos²¹. Por otra parte, no fueron pocas las ocasiones en que ambas concepciones guerreras marcharon aliadas. Vicente Riva Palacio la lamentaba que los «partidos beligerantes, no teniendo a la mira más que el triunfo de sus respectivas causas políticas, previa la destrucción de sus enemigos, han sido poco escrupulosos en la elección de los medios, acogiendo bajo sus banderas partidas indisciplinadas, compuestas de forajidos sin ley ni freno que contuviese seus depravados instintos»²².

La línea divisoria que Riva Palacio establecía implícitamente entre soldados y bandoleros no aparecía tan nítidamente visible a los ojos del pueblo lleno de la época. Un periódico de Aguascalientes denunciaba que los bandidos asolaban el Estado haciéndose pasar por miembros de la guarnición militar que iban a extraer contribuciones forzosas por los pueblos, lo que demuestra la poca diferencia que debía existir de hecho entre las acciones de unos y otros²³. Es más, ocasiones hubo en que las actitudes de los mismos gobernadores estatales se asemejaron mucho a las de los bandoleros. Actos oficiales de administración aparte, cuando el gobernador Jesús Gómez Portugal fue a reunirse con el ejército liberal del norte, se apoderó de la corona de oro y alhajas de la Virgen de la Merced, nacionalizada, y huyó con una gavilla de asesinos y ladrones, saqueando a su paso Calvillo, Jal-

comandante general, avisado de la intentona, acudió al cuartel y redujo a prisión a los amotinados. En el mismo sentido, pero mucho más pintoresca, fue la desertión masiva relatada por *El Republicano*, 13 de noviembre de 1862, que se produjo en el escuadrón que Zacatecas mandó en auxilio de la sitiada Teocaltiche. En vez de dirigirse a dicha ciudad, su comandante se quedó por tierras de Aguascalientes con la excusa de que estaba por Peñuelas persiguiendo unas gavillas de Chávez y Cermeño; puesto en evidencia su embuste, se pronunció en contra de los gobiernos de Zacatecas y de Aguas calientes, pero, a su vez, sus soldados le abandonaron y regresaron como pudieron a las dos capitales.

²¹ Riva Palacio, *op. cit.*, p. 725, demuestra claramente la ambigüedad con que el término «bandolero» era usado en la época partiendo de un decreto de Maximiliano.

²² Riva Palacio, *op. cit.*, p. 325.

²³ *El Porvenir*, 7 de marzo de 1860.

pa, y otras poblaciones y rancherías. Y aunque el gobernador José María Chávez huyó de Aguascalientes, perseguido por las tropas francesas, reunió una cuadrilla formada tanto por sinceros liberales como por gente de mal vivir atraídas por el señuelo de posibles botines y saqueos que estas empresas implicaban. Sus hombres atacaron la hacienda de Malpaso, a siete leguas de Zacatecas, y como los defensores opusieron una tenaz resistencia, tras ser vencidos, las gentes de Chávez, a pesar de su jefe, se ensañaron con ellos, saqueando y matando desafortadamente.

Vemos, pues, que mucha culpa de que las gavillas de bandoleros merodeasen sin freno alguno la tenían también los mismos políticos liberales, que con sus despropósitos y corruptelas impedían que la situación se enmendase. Los liberales de Aguascalientes, por ejemplo, usaban fondos originalmente destinados al pago de las unidades milicianas para dar fiestas, dejando así las zonas rurales abandonadas a merced de los bondoleros. Aunque la economía local estaba en estado de postración y las arcas estatales casi vacías, el gobierno liberal inició la construcción de un lujoso teatro, mientras los bandoleros asaltaban repetidas veces las ciudades y los pueblos²⁴.

Impedir que se llevasen a cabo actos políticos convocados por liberales fueron también acciones llevadas a cabo frecuentemente por los bandoleros al servicio de los conservadores. Y de entre ellos, las elecciones siempre fueron el acontecimiento que los facciosos tuvieron especial cuidado en colapsar, aunque, dicho sea de paso, inútilmente, pues si ellos pretendían anularlas por la fuerza de las armas, la facción liberal en el poder igual las ganaba mediante el fraude. Pero, de cualquier modo, los liberales se veían obligados a guardar las formas y expedir decretos que, considerando «el amago en que los bandidos mantienen continuamente a los pueblos del Estado», previesen medidas extraordinarias para que las elecciones se llavasen a cabo. Ante las elecciones para diputados cundía el desánimo la mayor parte de las veces, pues no había votantes, ni candidatos no oficiales. Los gobernadores se quejaban del «egoísimos por parte de ese pueblo soberano que se empeña en desconocer su alto ministerio en momentos tan precisos», pero la verdad era que entre la amenaza de los bandoleros y la seguridad del fraude electoral había motivo para desanimar al más votante²⁵.

²⁴ Citado por T. G. Powell, *El liberalismo y el campesinado en el centro de México (1850-1876)*, México, 1974, pp. 98-99.

²⁵ *El Republicano*, 2 de junio, 3 y 17 de julio de 1862. En el pueblo de Calvillo se tuvieron que posponer las elecciones a representantes en la Cámara de la Unión a consecuencia de las incursiones de los bandoleros en aquellos puntos, y, por los mismos motivos, uno de los distritos electorales de la ciudad de Aguascalientes no se instaló.

Lógicamente, los años en que los conservadores, o sus aliados, dominaban el gobierno de la nación, el bandolerismo descendía notablemente. Así, durante la ocupación del centro de México por las tropas francesas apenas se realizaron actos de bandidaje, y si algún bandolero conservador era preso podía contar con que las autoridades imperiales le liberarían²⁶. A la disminución del bandolerismo durante los años que el país fue ocupado militarmente por los franceses coadyuvó, además de la afinidad ideológica, conservadora en unos y otros, la ausencia de divisiones partidistas y de facciones políticas irreconciliables, y también la mano férrea que se usó en la represión, ejemplificada en el decreto dado por Maximiliano el 3 de octubre de 1865 cuyo artículo primero especifica fulminantemente que:

Todos los que pertenecieren a bandas o reuniones armadas que no estén legalmente autorizadas, proclamen o no algún pretexto político, cualquiera que sea el número de los que formen la banda, su organización y el carácter y denominación que ellas se dieren, serán juzgados militarmente por las cortes marciales, y si se declarase que son culpables, aunque sea sólo del hecho de pertenecer a la banda, serán condenados a la pena capital, que se ejecutará dentro de las primeras veinticuatro horas después de pronunciarse la sentencia²⁷.

Otro hecho inaudito que demuestra la connivencia entre bandoleros y conservadores es que Juan Chávez, el famoso bandolero, fue nombrado coronel del ejército imperial y, a mayor abundamiento, gobernador y comandante militar de Aguascalientes por el general francés Francisco Aquiles Bazaine, cargo que ostentó desde el 21 de diciembre de 1863 hasta los últimos días del mes de febrero de 1864. Su compañero de correrías Cermeño fue llamado a desempeñar provisionalmente la prefectura política de Lagos, y aun parece que Bazaine pensó también en la posibilidad de instalar a otro bandolero, Cuéllar, como prefecto político de San Juan de Lagos.

Los hechos venían a demostrar la necesidad que tenía el ejército de ocupación francés de encontrar mexicanos adictos que se prestasen a ocupar cargos tan comprometidos inmediatamente después de la contienda. De cualquier modo, Bazaine era el que imponía su voluntad sin discusión, quedando los personajes por él elevados a los altos cargos en el papel de títeres o comparsas. No se les permitía tomar iniciativas propias, y por eso Chávez fue llamado al orden, «y a contentarse con mandar su regimiento», cuando tomó la iniciativa de «levantar la religión y devolverle su prestigio perdido»²⁸. De hecho,

²⁶ *La Libertad de México*, 11 de junio de 1865 y 25 de junio de 1868.

²⁷ Riva Palacio, *op. cit.*, p. 726.

²⁸ A. Topete, «Juan Chávez», *El Sol del Centro*, 15 de febrero de 1969.

cuando los franceses encontraron alguna personalidad más presentable que poner al frente de los puestos elevados, defenestraron a Juan Chávez y demás bandoleros, que pasaron a figurar como soldados, «pero sin alternar con la sociedad de la cual eran alejados por sus anteriores crímenes»²⁹. Cuando el imperio de Maximiliano cayó, Juan Chávez volvió a sus correrías, y en 1868, ya en el declive de su carrera, todavía asombraba a sus enemigos lo bien informado que estaba de sus maniobras³⁰.

Por último, sólo mencionar otra fórmula más de utilización de los bandoleros que emplearon los conservadores en la contienda; se aprovechaban del terror que sus nombres inspiuraban a la población civil con el objeto de sembrar el pánico y el desconcierto en las filas liberales. Muchísimas veces se hicieron correr bulos intencionados sobre ficticias incursiones y ataques de bandoleros a los pueblos, y se abultaron maliciosamente las derrotas sufridas por el ejército liberal ante los mismos³¹.

VAIVENES MILITARES

En el apartado que acabamos de concluir hemos estudiado el bandolerismo bajo un punto de vista político, anotando la instrumentalización de que fue objeto con tales miras tanto por parte del partido conservador, casi siempre, como del liberal en el centro de la República. Vamos a introducirnos a continuación en los pormenores bélicos de esos actos, inspirados, la mayor parte de las veces, por motivaciones políticas.

Lo usual era que los facinerosos gozasen de total impunidad en las áreas rurales, atreviéndose incluso a atacar las grandes ciudades. Varias veces durante el año 1860 se vió la ciudad de Aguascalientes rodeada de gavillas de bandoleros que interrumpían sus normales comunicaciones sembrando el pánico entre la población. En octubre rondaron sus barrios periféricos las partidas de Máximo González y de Juan Chávez, haciendo que cundiese la alarma entre sus defensores³².

Los bandoleros protagonizaron en el año 1862 otro audaz golpe de mano al tomar la ciudad de Teocaltiche. Las gavillas de Bueyes Pintos atacaron la ciudad, relativamente grande y poderosa, logrando reducir a sus defensores antes de que éstos recibiesen refuerzos de La-

²⁹ A. R. González, *op. cit.*, p. 228.

³⁰ *La Libertad de México*, 16 de agosto de 1868.

³¹ *El Republicano*, 25 de diciembre de 1862, y *La Libertad de México*, 27 de septiembre de 1868.

³² *El Porvenir*, 29 de abril, 24 de julio, 14 de octubre y 4 de noviembre de 1860.

gos y Zacatecas. A pesar de que el general Doblado envió en su auxilio a 1.500 guanajuatenses, a los que se sumaron los 1.500 hombres del coronel Aranda, de Lagos, y 500 enviados por Aguascalientes, en persecución de Bueyes Pintos, no lograron su propósito. El bandido impuso a Teocaltiche una contribución de 20.000 pesos, y cuando ya la tenía en su poder mando saquear el pueblo. La población quedó exhausta y arruinada, pero sus calamidades no habían hecho sino comenzar, pues en los dos meses siguientes sufrió otros dos asaltos de bandoleros, a los que sus mermados defensores no pudieron hacer frente. Colimilla y Aedo realizaron el segundo y tercer saqueo respectivamente. Tan abatida se hallaba la población que el último sólo pudo obtener 4.000 pesos y raptar a 20 mujeres. Acto seguido se unió a las gavillas de Juan Chávez, que firmemente asentado en la hacienda de Peñuelas impedía el paso del correo a Aguascalientes³³.

Pero, sin ningún género de dudas, fue este último bandolero el que protagonizó los más audaces golpes de mano que se registraron en la región. Los últimos meses de 1862 y casi todos los del siguiente año, en palabras de un espectador privilegiado de los acontecimientos, Agustín R. González, «jamás se borrarán de la memoria del pueblo cuya historia escribo. El bandidaje, que es la más vil y repugnante de las minorías se sobrepuso todo ese tiempo a la mayoría honrada, al gobierno, a la sociedad», gracias «al fanatismo religioso de unos y del espíritu de partido de otros»³⁴.

El día 13 de abril de 1863, Juan Chávez asaltó la ciudad de Aguascalientes, incendiando y saqueando todas las casas y comercios que quedaban a su alcance, entre ellos el Parián, centro de los negocios ciudadanos. Más de doce horas duraron los saqueos y excesos llevados a cabo por los bandoleros al grito de «Viva la religión»; de toda la ciudad sólo pudo salvarse un pequeño perímetro fortificado de su centro urbano»³⁵.

El año 1863 fue fatal para Aguascalientes, que todo el año estuvo asediada por Chávez. Si durante el asalto de abril 150 hombres resistieron en el céntrico fuerte a 1.200 bandoleros, a finales de agosto la situación se repetía, pero a pesar de que el número de soldados de la guarnición se repetía, pero a pesar de que el número de soldados de la guarnición se había triplicado, su situación no era menos desesperada. Los defensores se atrincheraban en lo alto de las iglesias y conventos; la torre de la parroquia, las de los conventos de la Merced y de las Capuchinas, y la manzana del mesó de Jesús María eran

³³ *El Republicano*, 26 y 30 de octubre y 11 de diciembre de 1862.

³⁴ A. R. González, *op. cit.*, p. 223.

³⁵ *La Libertad de México*, 28 de junio de 1868, y A. R. González, *op. cit.*, página 222.

reducido núcleo desde el que se hacía frente a los bandoleros, no pudiendo impedir que éstos asaltasen impunemente los barrios extremos de la población. A duras penas consiguieron los defensores mantener sus posiciones ante toda la fuerza desplegada de los 400 jinetes de Juan Chávez y sus aliados el 27 de agosto de 1863³⁶.

La madrugada del 9 de octubre volvieron a atacar la ciudad 300 hombres de las gavillas de Castellanos y de Dionisio Pérez, que fueron rechazadas tras dejar seis muertos y quince heridos en el empeño, pero llevándose tres prisioneros en su retirada³⁷. Unos días después, las gavillas de Chávez se apostaron diseminadas por los suburbios de ciudad, y sus 600 hombres señorearon cuanto quisieron todos sus barrios periféricos, teniendo buen cuidado de no acercarse a tiro de los defensores, concentrados en el centro de la urbe. Durante varios días se dedicaron a rodar todas las casas, hasta que el día 14 de noviembre huyeron desordenadamente al oír un repique general de campanas en todos los templos, dejándose en su huida veinte muertos. Poco duró la sorpresa de los bandoleros ante lo que ellos creyeron un ataque masivo de los defensores, pues esa misma noche ya habían vuelto a ocupar sus antiguas posiciones las gavillas mandadas por Dionisio Pérez³⁸.

Por esas fechas, las cuadrillas de Chávez se extendían por todo el sur y poniente de la ciudad, dominando un radio de ocho leguas y robando todas las propiedades que caían bajo su radio de acción³⁹. Tanto atemorizaron los recuerdos de estos días a los aguacalenteses que las autoridades decidieron construir unos pequeños fortines en la Plaza de Armas que pudiesen cubrir y proteger un amplio perímetro de la ciudad, facilitando la defensa de la misma si las circunstancias así lo requiriesen. Año y medio después de estos acontecimientos, en el verano de 1865, se concluía su construcción⁴⁰.

Si eso ocurría con las grandes ciudades, fácil es concluir que los pueblos no gozarían de ninguna seguridad ni defensa. En el verano de 1863, cien bandoleros tomaron San José de Gracia, cometiendo las depredaciones acostumbradas⁴¹. En noviembre del mismo año las gavillas de castellanos saquearon Calvillo, y después se dirigieron rumbo a Zacatecas⁴², y no mejor suerte corrieron todas las haciendas y rancherías. La hacienda de Pilosotos y el rancho El Tulillo fueron

³⁶ *La Independencia Mexicana*, 16 de septiembre y 10 de noviembre de 1863.

³⁷ *La Independencia Mexicana*, 18 de octubre de 1863.

³⁸ *La Independencia Mexicana*, 20 de noviembre de 1863.

³⁹ *La Independencia Mexicana*, 26 de noviembre de 1863.

⁴⁰ *La Libertad de México*, 11 de junio de 1865.

⁴¹ *La Independencia Mexicana*, 10 de agosto de 1863.

⁴² *La Independencia Mexicana*, 26 de noviembre de 1863.

saqueados por los doscientos hombres del bandido Dolores Plasencia; otra gavilla de 40 hombres asaltó la hacienda de Santa María; otra la hacienda de Pabellón; el mismo Juan Chávez, al frente de 300 bandoleros, robó la hacienda de Zoyatal, y después de cometer toda clase de tropelías se llevó todo el ganado, caballos, e incluso los muebles, a su feudo de Peñuelas; pocos días después robó un convoy de veinte carros cargados con manttas que iban a Teocaltiche, y exigió a sus dueños una fuerte suma de dinero por salvar sus vidas; etc.⁴³ La lista de acciones de menor envergadura llevadas a cabo por los bandoleros podría ser interminable.

Pero los habitantes de pueblos y rancherías no siempre se dejaban robar impunemente; en algunos casos ofrecieron firme resistencia a los bandoleros, e incluso les vencieron, siempre y cuando las gavillas no fuesen muy numerosas y potentes. Los vecinos del pueblo de San José de Gracia, cansados de dejarse robar a menudo por gavillas insignificantes, hicieron frente victoriosamente a una de ellas, matando a pedradas a dos de sus componentes y haciendo huir al resto⁴⁴. Medio año después ocurrió algo similar en el pueblo de Jesús María, en el que los vecinos fusilaron a dos fascinerosos y mataron a otro en la persecución; envalentonados sus habitantes, los persiguieron hasta la sierra, donde mataron dos más y capturaron a otro⁴⁵.

En ocasiones, la defensa civil de algunos pueblos se enfrentó victoriosamente a grandes partidas, como en el caso de ochistlán de Zacatecas, que atacado por 300 bandoleros que intentaban robar los comercios y abrir la cárcel, se repuso de su sorpresa, «recuperó el ánimo, y armándose de puñales, palos, piedras y algunas armas de fuego, se defendió resueltamente e hizo huir a los asaltantes, que dejaron dos muertos en el campo»⁴⁶. Lo mismo ocurrió en Lagos, que fue atacado por 300 bandidos al mando de Cermeña y de Cuéllar. Los vecinos lograron resistirles desde la madrugada hasta medio día, hora en que recibieron socorros de caballería de León y Rincón, con cuya ayuda rechazaron completamente a los bandoleros⁴⁷.

Aunque los bandidos vencieron alguna que otra vez a las tropas liberales en campo abierto, como ocurrió en diciembre de 1862 a una incauta fuerza rural que se aventuró por Peñuelas y fue exterminada por Juan Chávez⁴⁸, lo normal era que la iniciativa en las campañas militares correspondiese a los liberales, prefiriendo los bandoleros recurrir a los golpes de mano y guerra de guerrillas que con tanta for-

⁴³ *La Independencia Mexicana*, 2, 20 y 26 de noviembre de 1863.

⁴⁴ *El Republicano*, 25 de diciembre de 1862.

⁴⁵ *La Independencia Mexicana*, 16 de agosto de 1863.

⁴⁶ C. E. Quirarte, *Nochistlán de Zacatecas*, México, 1960, p. 147.

⁴⁷ *La Independencia Mexicana*, 2 de septiembre de 1863.

⁴⁸ *El Republicano*, 25 de diciembre de 1862.

tuna ejecutaban. Los liberales intentaron movilizar a sus partidarios encuadrándolos en grupos paramilitares que nunca tuvieron la efectividad de los ejércitos regulares. Sin embargo, sus desvelos se concretaron en la creación de un batallón de la Reforma, en cuyas filas militaron muchos liberales puros, y una compañía de la guardia nacional formada con los empleados de la Administración del Estado de Aguascalientes⁴⁹.

El mayor peso en la represión del bandolerismo, en conclusión, siempre recayó en los ejércitos regulares, cuyas fuerzas también infringieron serias derrotas a los facciosos. A finales de mayo de 1862 las fuerzas del Estado de Aguascalientes derrotaron a 80 hombres pertenecientes a las cuadrillas de Cuéllar, Bueyes i Pntos, Azpeitia y Gómez en la hacienda de San Julián, cantón de Lagos⁵⁰, y un año después una brigada de caballería zacatecana sorprendió y derrotó a 100 bandoleros en el Paso de Sotos⁵¹. Muchas otras acciones menores fueron llevadas a cabo contra el bandolerismo⁵²; en todas ellas quedaba siempre bien patente la miseria de los bandoleros ajusticiados y los procedimientos sumariales con los que se les juzgaba en algunas ocasiones por acusaciones harto dudosas o por simples sospechas.

La opinión pública estaba exaltada y pedía urgentes y sumarias medidas que devolviesen la tranquilidad a la zona, aunque lo cierto, como quedó dicho, era que el bandolerismo sólo se mostraba irreducible cuando los jefes políticos así lo consentían. Pero las ambiciones de mando y poder de los mismos caciques los enzarzaban en una serie de rivalidades que impedían la realización de una labor fructífera en cuanto a la represión del bandidaje. El afán de capitalizar los éxitos que se conseguían en tal sentido enfrentaron no sólo a las autoridades civiles entre sí, sino también a éstas con los militares. Las comandancias militares atribuían los éxitos a sus soldados, mientras que los gobernadores lo hacían al celo de sus policías⁵³. Un grave conflicto que conmocionó la vida política del país fue el que enfrentó al comandante militar de Aguascalientes con el gobernador del Estado. El primero, parece que mantuvo alguna relación con el círculo político enemigo del gobernador, por lo que éste reaccionó haciéndose nombrar comandante militar por la diputación permanente del Estado y desconociendo anticonstitucionalmente al agente federal. Inme-

⁴⁹ *El Porvenir*, 16 de junio de 1861, y *La Independencia Mexicana*, 19 de octubre de 1863.

⁵⁰ *El Republicano*, 4 de junio de 1862.

⁵¹ *La Independencia Mexicana*, 14 de agosto de 1863.

⁵² *El Republicano*, 4 de diciembre de 1862, y *La Independencia Mexicana*, 17 de julio, 14 y 17 de agosto, 4 de septiembre y 2 de noviembre de 1863, nos relatan algunas de ellas.

⁵³ *La Independencia Mexicana*, 27 de julio de 1863.

diatamente, el gobernador comenzó a depurar a los oficiales de la guarnición de la capital adictos al comandante militar.

Mientras tenía lugar estas intrigas, una sección de tropas zacatecanas tenía que defender Aguascalientes y perseguir a una partida que amenazaba Rincón de Romos⁵⁴.

El estudio prestado en la defensa de Aguascalientes por las tropas zacatecanas nos introduce de lleno en otro tema, el de la ayuda que se prestaban entre sí los Estados del centro de la República en la persecución del bandolerismo. o hemos de olvidar que la represión del bandidaje no era más que uno de los frentes de la guerra que mantenían los liberales y los conservadores, de ahí que esas acciones formasen también parte de amplias campañas militares, participando del doble carácter de guerra civil a nivel nacional, por un lado, y de persecución de malhechores propio de la política interior de cada Estado federado por otro.

Jalisco, Zacatecas, San Luis Potosí y Aguascalientes unieron frecuentemente sus fuerzas en el empeño de salvar el orden constitucional en el centro de la República, lo que en muchas ocasiones se tradujo en una constante tutela militar de los tres primeros sobre el último Estado. En los años 1862 y 1863 esta unión de armas se mostraría imprescindible para que las líneas defensivas no se rompiesen por el Estado más vulnerable de los cuatro: Aguascalientes.

A finales de 1862, Zacatecas mandó generosamente a Aguascalientes una sección de caballería e infantería para perseguir a las gavillas de bandoleros, y lo mismo hizo la ciudad de Lagos, que proporcionó los 1.500 hombres que pusieron en fuga a las huestes de Juan Chávez y Comillas que amenazaban la capital del Estado, incluso a riesgo de desguarnecer Lagos, amagado por las chusmas de Cuéllar y Cermeño⁵⁵.

A mediados de 1863 Juan Chávez planeaba una operación de vasto alcance: tomar Ochistlán contando con el apoyo de dos o tres oficiales de su guarnición, y con la artillería tomada al atacar Aguascalientes. Sólo la rapidez de acción del gobernador de Zacatecas, Trinidad García de la Cadena, que se presentó en Ochistlán, tomó el mando y fusiló a los sediciosos, impidió que los 2.000 hombres de Juan Chávez diesen tan audaz golpe de mano⁵⁶.

Por esos días llegaba el general Chilardi a hacerse cargo de la línea defensiva que iba desde San Juan a Aeocaltiche y Encarnación; su pericia en los menesteres militares hacían presagiar grandes logros en la persecución del bandolerismo, pero lo cierto es que ni él,

⁵⁴ *La Independencia Mexicana*, 10, 17 y 24 de agosto de 1863.

⁵⁵ *El Republicano*, 26 de octubre, 11 y 14 de diciembre de 1862.

⁵⁶ *La Independencia Mexicana*, 20 de julio de 1863.

ni las tropas llegadas a Aguascalientes desde San Luis Potosí, ni las enviadas por el Estado de Zacatecas, que mataron a 200 bandoleros en Peñuelas, lograron acabar con la plaga del bandidaje⁵⁷.

Mientras los políticos aguascalentenses dirimían sus querellas intestinas y el Estado tenía que ser defendido por sus vecinos, el periódico portavoz oficial del gobierno, *La Revista*, tenía la desfachatez de atribuir los malos momentos por los que pasaba la entidad al egoísmo y la indolencia de los Estados limítrofes para acudir en su auxilio. Afortunadamente, estas lamentables afirmaciones no fueron tomadas en cuenta por sus vecinos, que continuaron coaligándose mientras así lo permitieron las circunstancias⁵⁸.

Ultimo testimonio de estas acciones conjuntas fue la derrota definitiva de Juan Chávez en Jalisco, el día 8 de septiembre de 1868, gracias a la reunión de las fuerzas de Jalisco, Zacatecas y Aguascalientes⁵⁹. Cinco meses después el famoso bandolero era asesinado por sus dos últimos secuaces en las inmediaciones del rancho de San Sebastián, término municipal de Encarnación, Jalisco. Mientras reposaba de varias jornadas de huida e insomnio fue clavado en el suelo de dos lanzazos en ambos pechos, y su cadáver conducido a Aguascalientes⁶⁰.

CONCLUSIÓN

Con la desaparición del más famoso y afortunado bandolero de la región, como era de suponer, no puede darse por terminado este somero repaso por la historia del bandolerismo de la era de Reforma. El bandidaje, como fenómeno social que es, subsistió después de la muerte de Juan Chávez. Los años que siguieron a su desaparición todavía están plagados de actos de pillaje protagonizados por bandoleros más o menos afortunados⁶¹, pero es fácil observar que éstos no tenían la frecuencia ni la osadía de los anteriores.

⁵⁷ *La Independencia Mexicana*, 4 de agosto, 12 de noviembre y 4 de diciembre de 1863.

⁵⁸ *La Independencia Mexicana*, 10 de noviembre, 4 y 6 de diciembre de 1863, recogen los debates periodísticos que el tema suscitó.

⁵⁹ *La Libertad de México*, 20 y 28 de septiembre de 1868, dan la noticia de su derrota y de los rumores que corrieron a la semana siguiente de que disponía otra vez de 300 seguidores.

⁶⁰ *Don Simón*, 28 de febrero de 1869, notifica su muerte, y *El Pueblo*, 23 y 28 de febrero de 1869, da cuenta del pleito judicial interpuesto por sus deudos contra sus asesinos.

⁶¹ A título indicativo, ver algunos ejemplos en *La Libertad de México*, 28 de junio de 1868; *El Ferrocarril*, 7 de octubre de 1869; *El Federalista*, septiembre de 1876; *El Republicano*, 17 de abril de 1877, y *El Fandango*, 13 de mayo de 1888, 22 de septiembre de 1895 y 23 de agosto de 1896.



*El bandolero Juan Chávez
en sus días de gloria.*



*Juan Chávez muerto, con dos lanzazos
en los pechos. Obsérvese la cantidad
de medallas y escapularios que llevaba.*

La paulatina desaparición de los bandoleros no se puede atribuir a que el campesinado viese solucionadas las necesidades extremas que lo empujaban a adoptar tal modo de vida, ni a la desaparición del continuo estado de guerra que, indudablemente, facilitaba esa solución, sino a que el aparato estatal alcanzó mayor eficacia, estabilidad y refinamiento, aumentando de esa forma su control sobre la población. Las injusticias sociales, las miserias rurales y urbanas continuaron existiendo, pero las antiguas manifestaciones de descontento o de delincuencia no eran ya eficaces ante la potencialidad de gobiernos estables, sin fisuras ni enfrentamientos entre sus clases superiores, y aliados con el naciente gran capital industrial.

El despliegue de nuevos métodos y elementos policíacos tuvo como consecuencia la desaparición de las últimas gavillas. Los bandidos, hijos de una época preindustrial, nada podían oponer al pujante capitalismo, al estado de nuevo cuño. Las hazañas de los pocos grupos supervivientes en el centro de la República durante el Porfiriato son muy pobres, casi lastimosas, si las comparamos con las de sus predecesores de la Reforma. La importancia socioeconómica del campo, de los ambientes y valores rurales, fue palideciendo hasta ser desplazada por nuevos sistemas económicos y filosóficos. El mundo de los bandoleros, el mundo del campesinado en suma, agonizaba. En los primeros años del Porfiriato todavía se produjeron algunos brotes de bandolerismo, raquíptico, reminiscencia de floración anteriores y caducas que fueron dejando paso a nuevas formas de descontento social, típicamente ciudadanas: las protagonizadas por la nueva clase social, los obreros, el proletariado fabril. Pero ya es otro tema.